

En el pueblo. De fiestas y algo más

No somos todavía pocos los que hemos podido conocer aquello que más o menos gráficamente podríamos llamar la cola de una forma pretérita de vivir, cuyo manifiesto contraste con el ambiente actual que a todos nos envuelve se acrecienta de día en día. Y de sobra sabemos que lo apuntado no sucede siempre siguiendo el camino que puede marcar una línea paulatina y suave, que sería lo deseable, puesto que ello no hay duda satisfaría a un proceso normal de desarrollo, sino que con harta frecuencia responde a un movimiento brusco en demasía. A un movimiento a guisa de vendaval, que en un abrir y cerrar de ojos echa por tierra instituciones y modos de vida que por su naturaleza y secular enraizado se nos antojaban como inmutables.

Y ciñéndonos al País Vasco, lo que acabamos de señalar es un extremo de fácil comprobado, un hecho que muy a menudo se nos revela en toda su dimensión, de manera bien paladina y acusada, puesto que son numerosos los pueblos que en cosa de contados años se nos presentan despojados de su antañona fisonomía, que se nos presentan desconocidos y despersonalizados de aquel su carácter que de siempre les fue propio y diferencial.

Sin mucho esfuerzo podríamos aducir razones en defensa del cambio operado en gran parte del País, así como, sin incidir en un misonéismo anacrónico y fuera de lugar, no nos resultaría difícil esgrimir argumentos opuestos. Bástenos observar que no añoramos un pueblo dedicado exclusivamente al pastoreo; pero que tampoco nos seduce descansar bajo los efectos, nada agradables, derivados de algunos monstruos de cemento, levantados tan ligera como despreocupadamente. Creemos que aquí es de tener muy en cuenta que el desequilibrio es negativo tanto para la salud del hombre, visto en su aspecto individual, como para la del pueblo, en su sentido de colectividad.

Hasta la evolución de la riqueza de base rural a otra eminentemente industrial, la vida de la mayoría de nuestros pueblos ha discurrido a un ritmo sosegado y lento, muy propio de su tiempo y medio. La economía del campo

y sus derivados encuentran su prolongación en el pequeño comercio y en la modesta industria de signo casero.

En el casco urbano de estas comunidades, silencioso y poco frecuentado en gran parte del día, a la caída de la tarde se hace sentir la presencia del hombre que, sudoroso y fatigado, viene de trabajar la gleba. Y quizás se deje ver asimismo el pastor. El hombre que después de agotar varias e ininterrumpidas jornadas en solitario contacto con la impar belleza de la Naturaleza, abandona, siquiera por unas horas, su pequeña y a más no poder humilde *txabola* o choza.

Si no siempre, sí al menos a menudo, la expansión del hombre rústico guarda estrecho nexo con su cotidiano y habitual quehacer. En la taberna o figón, entre trago y trago, proyectará una pelea de carneros o, con riqueza de detalles que escapan al profano, ultimaré la prueba de bueyes o de hachas.

Estas apuestas, la del arrastre de piedra y la del corte de troncos, habrán de aguzar el ingenio del yuguero y del fabricante de hachas. Este, el *aizkoragille*, se esmerará en el forjado de la pletina de acero, y el yuguero o *uztargille* tomará las medidas de la cornamenta de la bestia, con un detalle y meticulosidad extremados.

Pero son las consabidas fiestas del año, de carácter profano o religioso, las que alteran radicalmente la vida toda del pueblo, las que, esperadas con ilusión por pequeños y mayores, rompen el cotidiano y rutinario discurrir.

Aparte de otras conmemoraciones, que por clasificarlas de alguna manera podríamos considerar de segundo orden, en términos generales podemos afirmar que las fiestas principales son las de Carnaval y Semana Santa, las patronales y las navideñas, que se reparten dentro del ciclo anual.

Con miras a todas las celebraciones del año, los jóvenes del pueblo, reunidos en fecha acostumbrada, se constituyen en Sociedad o «Lagun-Artea», y de esta agrupación saldrán a su vez nombrados los administradores, quienes serán los llamados a cuidar de los preparativos de la fiesta, así como de su ulterior y normal desarrollo.

En Carnaval, que entre nosotros ha sido conocido también como *lñaute*, *lote*, *laute*, *lyote*, *Aratozte*, etc., se han lucido los más inverosímiles disfraces y ha sido corriente aparecer en público con la cara cubierta. Disfrazados y enmascarados que entre otros varios nombres reciben los de *mozorro*, *txan-txo*, *kukumarro*, *ñañarro*, *porrero*, *txatxua*, *ijitomoxorro* y *marmo*.

Si pasamos por alto el libertinaje propio de la fiesta, del programa carnavalesco rural diremos que en su parte principal, y siempre refiriéndonos en términos generales, se centra en la postulación, en las reuniones gastronómicas y en la romería.

Pero sabemos que las carnestolendas han topado con la Cuaresma. Con la Cuaresma que es el pórtico de la Semana Santa.

De mí, doña Cuaresma,
justicia de la mar,
alguacil de las almas
que se habrán de salvar,
a ti, Carnal goloso,
que nunca de has de hartar,
el Ayuno en mi nombre,
te va a desafiar.

Hasta contados años atrás, la Semana Santa de nuestros pueblos ha conservado un contagioso ambiente de seriedad, apagado y triste. Durante estos días se han relegado al olvido toda clase de juegos y diversiones. Descansan los naipes y abandonado y frío se ve el frontón. La vida discurre en derredor del culto religioso, y no es bien visto aquel que se aleja de su casa.

La *etxeoandre*, ataviada de negro y tocada con mantilla, y el hombre, con traje de riguroso luto y camisa blanca con botonadura oscura, acuden a los actos religiosos. Asisten a los Oficios, al sermón de la Soledad y a las Siete Palabras. Los hombres, portando una vela o un pesado hachón o ambleo, casi siempre apagados, no dejarán tampoco de figurar en las hileras de la procesión.

Con las campanas del Sábado de Gloria despertaba de su pesado letargo la vida de la comunidad.

Hoy son cada vez menos aquellos a quienes resulta inteligible la campana. Mas los vecinos del pueblo sabían interpretarla. Se les hacía familiar su mensaje. Conocían el campaneo del alba, los tres pesados toques de viático y los cinco, asimismo lentos, de agonía o muerte, y distinguían la precipitada tocata que pregona el fuego en el lejano y perdido caserío. Pero la campana del Sábado de Gloria era saltarina y alegre. Su tañido invitaba a la diversión, llamaba a la fiesta.

Las fiestas patronales se esperaban con ilusión. Las casas ofrecían un aspecto limpio y acicalado, de reciente encalado. Los hombres se presentaban endomingados y las mujeres estrenaban sus galas.

El programa festivo giraba en torno a la misa, la mesa y la danza. Concluída la Misa Mayor, y a continuación de saborear el humeante caldo de costumbre, se podía deleitar escuchando a uno o dos *bertsolariak*, vates populares en toda la acepción de la palabra, que improvisaban su canto desde el balcón de la Casa Concejil o aprovechando un tablado.

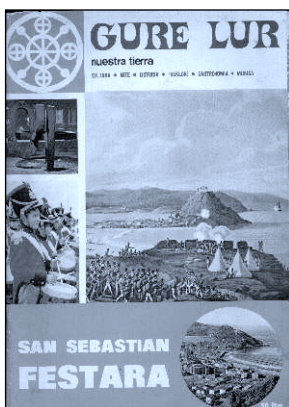
Con las primeras horas de la tarde los niños se dejarían ver por la plaza. Poco a poco rodearían a la conocida y garbosa rosquillera del *bata*, *bia*, *irua*, *laua*..., *txota*, *zaldun*, *errege*... Más adelante, con los débiles y dorados rayos

solares del crepúsculo vespertino o *illunabarra* –qué bonita palabra ésta–, el toque de oración coincidiría con las últimas notas del txistu. La fiesta de ese día habría terminado. Los chicos cortejaban a las jóvenes camino de su casa, y los hombres se refugiaban en la taberna.

Los albores del invierno nos traen consigo las conmemoraciones navideñas. En Nochebuena, *Gabon* u *Olentzaro*, y aunque en número más reducido otro tanto por Año Viejo y víspera de Reyes, los niños y niñas, y en ocasiones los algo más crecidos, ataviados de pastores y pastoras *artzaiak* y *artzaiareak*, reviven la estampa propia de la fecha. Con su presencia ambientan el angosto y verde sendero y el pedregoso camino, así como la calle y la plaza. Durante el recorrido que recomienda la cuestación llaman a la puerta e interpretan el poco o bien ensayado villancico. Las *artzaiareak* van emparejadas y bailan al son de una pandereta. Los *artzaiak* o pastores, en reducido grupo, portan un bello y sencillo nacimiento o *jaiotza*.

La cena de este día tiene un algo que escapa a nuestra razón. Es una reunión entrañable y evocadora. En ella es fácil que se recuerde a *Olentzaro*. Es posible también que alguno se ocupe del origen y de la etimología del místico personaje de ojos ribeteados, que un año más sabrá conservar su arcano.

A la semana justa de Nochebuena, cuando a *Olentzaro* lo tenemos entregado a las faenas de carbonero, habremos alcanzado otra celebración. Mientras los Reyes se asoman a la mente infantil, la campana de la vetusta torre de la iglesia, solemne y nostálgica, cierra un año, al tiempo que el cuerpo de movimiento del reloj se estrena en otro día. En el día de Año Nuevo.



En el pueblo. De fiestas y algo más / Juan Garmendia Larrañaga. - En : *Gure lur = Nuestra tierra*. - San Sebastián : José Acosta Montero. - Nº 1 (ene. 1973), p. 48-50. – OC. T. 8, p. 85-88